

ESTUDIOS

Registro de la Propiedad Intelectual: 268.109

CALLAO 542

T. E. 47, CUYO 8302

BUENOS AIRES

TOMO 83 — Nº 443

ENERO - MARZO 1950

AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTIN

Comentarios

Bajo el signo de la Cruz Se ha abierto el Año Santo bajo el signo de la Cruz. Dominante aparece ella en el cartel oficial que lo anuncia, como signo de fe y de redención. El artista la ha representado en primer plano sobre el gran obelisco, atravesado por las palabras del Papa: "Que este año verdaderamente santo pueda ser para la familia humana anuncio de una nueva era de paz, prosperidad y progreso".

Esta cruz, que tiene por brazo vertical la fuerza granítica e indestructible del Redentor, y por brazo horizontal la enseñanza del Vicario de Cristo, es el triunfo de la luz: una luz que surge tras la cúpula de S. Pedro. En todas las parroquias del mundo, sobre las fachadas de las grandes catedrales y en las iglesias ambulantes de los países de misión, será el signo bajo el cual se unirán los peregrinos del nuevo Jubileo.

La Cruz fué también el símbolo de otros Años Santos: en 1450, en 1500 y en 1825. El Jubileo de 1900 fué, por otra parte, una glorificación de la Cruz, que los pueblos izaron en las cimas más altas de los montes y en la parte más alta de los edificios. El Jubileo extraordinario de 1933, aniversario de la Redención, renovó y difundió esta piadosa tradición, sellando con la Cruz lugares, edificios y medios de comunicación naval y aérea.

El signo de la Cruz destaca sobre el fondo de la Puerta Santa y nos introduce en las Basílicas patriarcales, resalta sobre las capas de penitencia de los antiguos romeros y avanza peregrinando por delante de todas las procesiones religiosas. La Cruz: el Hombre Dios que extiende los brazos, que llama. Entre la tierra y el cielo la Cruz parece animarse. Mirándola sentimos cómo el alma cede al peso de una divina atracción y cómo la tierra resulta angosta ante el cielo que se abre. Es la intersección de dos líneas, la concentración de dos misterios, la unión del Hombre con Dios.

Los dos ejes de que se compone son efectivamente el símbolo de una realidad universal: el encuentro del sacrificio humano, que es expiación, con el sacrificio divino, que es redención.

En presencia de Cristo, los dolores están como en espera; lejos de Cristo, los dolores aún esperan a su liberador. Estos dos conceptos fundamentales del catolicismo, de una expiación humana que cesa de ser una pena para convertirse en mérito ante Cristo y de una redención divina

UNIVERSIDAD DEL SALVADOR

BIBLIOTECA CENTRAL

Hemeroteca

que transforma su justicia en suplicante misericordia, son los que dominan en la celebración del Jubileo.

Sacrificio humano. Después de tantos sufrimientos y destrucciones materiales y morales, ciudades derruidas, pueblos devastados y abandonados, el peregrino, contemplando la perenne agonía del Crucifijo y su sacrificio, debe sentir cómo el dolor se transforma en deseo de expiación, debe acercarse al divino Caminante, contemplar sus manos y sus pies traspasados y hacerse como El y con El penitente. La penitencia no es otra cosa que esta colaboración del cristiano con el Señor, esa amistad teándrica y dolorosa que convierte a los creyentes en compañeros de la expiación y la redención de Dios. **Sacrificio divino.** El pensamiento de Dios, el Verbo eterno, se une a nuestra miseria y hace suyo nuestro propio sufrimiento, santificándolo con su caridad. La indulgencia plenaria concedida a los peregrinos no es más que una participación de las almas penitentes en los beneficios de su pasión y de su muerte. En nuestras venas, abrasadas por el pecado, injerta la Iglesia la gracia redentora, la sangre de Cristo, es decir, la plenitud de la vida eterna en nosotros.

Con este espíritu debemos prepararnos para el Año Santo. Bajo el signo de la Cruz, la Basílica de Pedro extiende su mole como cuerpo vivo. En el centro, donde las naves se cruzan, se levanta un altar: el altar de la confesión, el lugar del testimonio de Pedro. En el punto donde reposan los huesos del Pescador, ante los ojos de los peregrinos aparecerá otra cruz, una blanca cruz que ora y que concentra en sí misma los valores de todo el mundo y penetra en la historia de todo el Pontificado romano repitiendo con la voz de Pío XII: Venid a mí todos, que yo os consolaré.

"Fe en Dios y en el Hombre, Corazón de un Humanismo Sano".

Ante el pesimismo y el miedo que aquejan a una humanidad doliente, todo humanista debe "hacer revivir en las nuevas generaciones, la confianza en Dios, en sí mismas y en el futuro", como promesa de "un orden más tolerable y feliz", dijo Su Santidad el Papa Pío XII a un grupo de sabios humanistas reunidos en asamblea internacional en Roma para estudiar "el humanismo y las ciencias políticas".

El discurso del Papa a los miembros de la Convención Internacional de Estudios Humanísticos constituyó una defensa de la ley natural y una apología de las capacidades constructoras del hombre. Ponemos a continuación una versión castellana del discurso:

Caballeros:

Es con especial agrado que respondemos con una cordial bienvenida a vuestros bondadosos respetos, y en este saludo hay algo más que la simple indicación de complacencia y gratitud por vuestro gesto.

De hecho, vuestras sesiones han provocado en Nos un profundo interés. Si es verdad, como se ha dicho con acierto, que las ideas, buenas o malas, guían al mundo, entonces debe comprenderse la importancia tan grande de un cambio de ideas y concepciones entre filósofos que tratan de proyectar un rayo de luz sobre tantas cuestiones del momento, problemas en los que muchísimas de las personas más incompetentes hablan a veces con tanta certidumbre y determinación. Y esto no importaría si no fuera porque perturban las mentes y siembran la confusión,

en especial entre aquella exquisita juventud intelectual llamada mañana a guiar la futura generación.

"Humanismo y Ciencias Políticas", tal es el tema de vuestras discusiones. El humanismo constituye hoy la orden del día. Sin duda alguna existe una gran dificultad en formar y reconocer, al través de su evolución histórica, un claro concepto de su naturaleza. Con todo, aunque el humanismo declaró por mucho tiempo estar opuesto formalmente a la Edad Media que le precedió, lo cierto es que todo lo que contiene de verdadero, de bueno, de grande y de eterno pertenece al mundo espiritual del más grande de los genios del Medioevo, Santo Tomás de Aquino.

En líneas generales, el concepto del hombre y del mundo, trazado por la perspectiva cristiana y católica, sigue siendo esencialmente el mismo, de donde es igual en San Agustín, Santo Tomás y Dante, como sigue siendo el mismo en la filosofía cristiana moderna. La obscuridad de ciertas cuestiones filosóficas y teológicas, que han sido aclaradas y gradualmente resueltas con el transcurso de los años, no disminuye un ápice la realidad de este hecho.

Sin hacer caso a las opiniones veleidosas que han aparecido en diversos períodos de la historia, la Iglesia ha afirmado el valor de todo lo humano y de todo lo que está en conformidad con la naturaleza, y sin titubeo ninguno ha tratado de desenvolver este valor y colocarlo en su propio y evidente lugar.

Por eso no admite, por ejemplo, que el hombre sea, a los ojos de Dios, simple corrupción y pecado; por el contrario, a los ojos de la Iglesia, el pecado original no afectó íntimamente las aptitudes y las fuerzas internas del hombre, sino que por el contrario, dejó esencialmente intactos la luz natural de su inteligencia, y su libre albedrío. Ciertamente el hombre en su sér se encuentra herido y debilitado por la pesada herencia de una naturaleza caída, privada de los dones sobrenaturales y preternaturales. Empero, él debe hacer un esfuerzo para observar la ley natural, con la poderosa ayuda de la gracia de Cristo, para que pueda vivir como el honor de Dios y su dignidad de hombre lo exigen.

La ley natural, he aquí el fundamento en que descansa la doctrina social de la Iglesia. Es precisamente su concepción cristiana de la vida lo que ha inspirado y sostenido a la Iglesia, al levantar esta doctrina sobre tales fundamentos. Cuando lucha y vence por defender su propia libertad, lo hace realmente por la verdadera libertad, y por los derechos fundamentales del hombre. A sus ojos estos derechos esenciales son tan inviolables que no hay razón de Estado ni pretexto de un bien común que puedan prevalecer contra ellos. Están protegidos y custodiados por una muralla inexpugnable, y hasta sus bases puede el bien común legislar como quiera, mas no puede traspasar esta muralla, no puede tocar siquiera estos derechos, porque constituyen lo más precioso del bien común, precisamente.

Si se hubiera respetado este principio, cuántas tragedias y catástrofes y cuántos peligros amenazadores podrían evitarse. Este simple principio podría por sí solo renovar la faz social y política del mundo.

Mas ¿quién, sin embargo, va a rendir este respeto incondicional a los derechos del hombre, sino el que sabe que vive bajo la mirada omnisciente de un Dios personal?

Un sentido común sano puede hacer muchísimo cuando acepta lo que la fe cristiana enseña: puede salvar al hombre de las garras de la

tecnocracia y del materialismo. Hemos querido ofrecer a vuestra consideración estos pensamientos, con la confianza de que os puedan guiar en vuestros estudios, y orientar vuestra enseñanza de la filosofía en una dirección parecida.

¡No! El destino del hombre no descansa en un "Geworfensein", en un abandono absoluto. El hombre es la criatura de Dios, y vive constantemente bajo su guía y bajo la vigilancia de su Providencia paternal. Laboremos, entonces, por revivir en las nuevas generaciones la confianza en Dios, en sí mismas, y en el futuro, y de este modo, hagamos posible la aurora de un orden más tolerable y feliz.

Que el Dios Todopoderoso, principio y fin de todas las cosas, Alfa y Omega, bendiga y enriquezca vuestros trabajos.

El "Arbol de Navidad" y "Santa Claus"

La revista mensual Argentina hace honor a la cultura nacional, por sus artículos, amenos unos y científicos otros, y por su presentación verdaderamente regia. Cada número nos sorprende con páginas que son una filigrana artística. Pero, como acaece en todas las obras humanas, ha tenido sus fallas, sus deficiencias. Una de ellas es la campaña que ha llevado, tan ardiente como injustificadamente contra el Arbol de Navidad y Santa Claus.

Se supone que el Arbol de Navidad es una realidad protestante, una costumbre sajona, una nota poco ortodoxa, y por eso se le impugna tan acre como apasionadamente. Se supone, por otra parte, que los "Belenes" o "Nacimientos" son las expresiones verdaderamente cristianas y ortodoxas del acontecimiento que, año tras año, recuerdan los cristianos el día 25 de diciembre.

Sin embargo, el Arbol de Navidad es de vetusta prosapia cristiana. Siglos antes que San Francisco de Asís propagara los Belenes, era el simbolismo, tan profundo como bellissimo, del Nacimiento de Cristo. Prevalció su uso, es verdad, en los pueblos sajones, pero eso no quita ni le resta un adarme de su auténtico origen cristiano y católico. Aun hoy día, y en la misma Roma, no hay un Belén por cada mil Arboles de Navidad.

Y lo propio acaece en la Argentina, desde hace más de una centuria. Sólo en los templos, y no en todos; sólo en los centros de tradición española, y tampoco en todos ellos, se han visto Belenes. Tal vez un examen sereno y mesurado, sin apriorismos y sin apasionamientos nos probarían que lo tradicional argentino es el Arbol de Navidad. Nuestros recuerdos se remontan a 1896 y a una población provinciana. Todos los años, y con gran secreto, el jefe de la familia preparaba en una sala el Arbol de Navidad y minutos antes de la cena de Noche Buena, se reunía toda la familia junto al arbolito. El más pequeño de la prole se dirigía a su padre y le preguntaba con la ritual interrogación israelita, el significado de aquel pino que irradiaba luz y color. El padre narraba entonces la conmovedora escena belemita. El padre les hablaba del Jesús que vino al mundo cargado de dones y de gracias, personificados en los regalos que encorbaban las ramas del "arbolito". Hablaba del Jesús que nos trajo la luz de la verdad, caracterizada en el hormiguero de bombillos y la lluvia de brillos de las guirnaldas.

Y es que el "árbol de Navidad" representa la imagen atrevidamente topológica de Cristo, "Arbol de la Vida", reinjertado en el tronco del

mundo, para restituir al que nos dejamos arrancar en el Paraíso por el pecado. El "árbol" es una interpretación de aquel "Retoño de la vara de José", preconizado por el Profeta. Es la "Vid" que nos savifica a nosotros, sus sarmientos.

El "árbol de Navidad" y el "nacimiento" son, pues, la evocación de una misma escena. Pero en el "nacimiento" la evocación está naturalizada seráficamente. En el "árbol" la evocación se encuentra idealizada con inspiración y graficismo de profeta. El "nacimiento" es una realidad de la apariencia. El "árbol de Navidad" es una apariencia de la realidad.

No menos simbólica es la figura del "Santa Claus" tan popular en los países sajones, y cuya aparición entre nosotros es ya antigua, en todos los hogares de origen inglés. Es también un simbolismo de origen cristiano y católico, aunque a las veces, con adulteraciones y paganías manifiestas. Bajo el ropaje de alegre púrpura del adiposo Santa Claus, se esconde la original caridad de un obispo católico del siglo IV: San Nicolás de Bari.

Cierto año, la víspera de Navidad, tuvo San Nicolás la feliz ocurrencia de proporcionar, secretamente, regalos a los niños pobres de su vecindario. Quería alegrarles infantilmente la conmemoración del nacimiento del Salvador. El éxito fué rotundo. Y el santo Obispo repitió cada año su caritativa aventura. Pero el secreto no se descubrió hasta después de su muerte. Entonces la popularidad del Obispo de Bari revoloteó por todas partes; quedó constituido patrono de los niños y nació la costumbre de los regalos en la víspera de Navidad, y en otras regiones el 6 de diciembre, cuando señala el calendario la fiesta del santo de Bari.

Los holandeses, suizos y alemanes no dejan de perpetuar la caritativa farsa, apellidándola el regalo de San Nicolás. Entre los ingleses se conoce al santo Obispo con el nombre de Santa Claus. Y los latinos, desde antiguo, adoptaron la alegre costumbre, atribuyéndoles el regalo a los Reyes Magos, que hacen su visita en la conmemoración de la Epifanía del Señor.

La catolicidad, esto es, la universalidad, no autoriza a poner compartimentos cerrados en la Iglesia de Dios y mirar con malos ojos las costumbres nobles y bellas que puede haber en unas u otras regiones, cuando esas costumbres cuentan con la aprobación de los católicos y son de viejo abolengo católico.

Quien siembra vientos, recoge tempestades.

"La postura de López Soto, no puede ser más falsa y repudiable. De acuerdo a su tesis, no controla nada de lo que se imprima en su taler, así se trate de libelos, panfletos o impresos en los que se agrave y difame a su propia Patria. Para él, pagándole, basta. Cobra y publica. Nada más. Por eso dió curso a los insultos a San Martín...

Esto leemos en *La Epoca*, del 24 del pasado mes de enero, en cuyas columnas se narra el allanamiento de la Imprenta López por haber publicado un libro ofensivo al General San Martín y se expresa la indignación que el hecho ha causado en el público.

En nada tenemos que contraducir al rotativo bonaerense; antes hacemos nuestra su justa indignación, pero no podemos ocultar la sorpresa que nos produce el que se maraville de que una imprenta imprima sea lo que fuere, con tal que le paguen, ya que desde hace años es esa la única condición de parte de innumerables talleres gráficos, cómplices de los

atentados más descarados contra la moral y el pudor. Toda la ética de tales fautores de la obscenidad estriba en los pesos sonantes y contantes. ¿Acaso nuestros rotativos que publican, a diario, affiches y anuncios de cine y hasta anuncios de medias, no aceptan láminas procaces y prostibulares, con la sola ética de los pesos?

Grande es la ingenuidad de *La Epoca* al admirarse de que haya quienes publican esto o aquello, sin fijarse en otro factor, que en el económico, ya que es una política tan generalizada como desvergonzada, así en las revistillas más descocadas, impresas con el único fin de excitar los instintos sexuales, como en los grandes diarios que, a las veces, disertan sobre la moralidad de las costumbres, y hasta lamentan la precipitada degeneración de las mismas. ¡Cuánta farsa!

Repudiamos enérgicamente el hecho de que un impresor argentino, en una imprenta argentina, haya publicado un libro contra la actuación de San Martín, pero tampoco esto nos ha de extrañar. De nuestras imprentas salen libros, folletos y revistas que ofenden a Dios, que insultan lo más sagrado que es la Religión, que toman por la chacota las ceremonias y prácticas de la Iglesia y a todo esto ningún gobernante presta atención y si los católicos protestamos, nuestras protestas son nuevos motivos de burla y sorna.

Ante esta realidad ¿hay razón justificada para alarmarnos porque se insulta a San Martín? Quien siembra vientos, recoge tempestades, y quiera Dios que esta ráfaga antipatriota, que todos hemos condenado y abominado, no sea el comienzo de tempestades antipatrióticas que nadie pueda detener. Quien no cree en Dios y no sabe respetar su santo nombre, ¿creerá en los próceres de la Patria y sabrá respetar a los mismos? Washington, en su Farewell address sostuvo la negativa.